

SUBALTERNIDAD E INFORMACIONALISMO: PROYECCIONES EN TEORÍA DE LA HISTORIA DESDE SOCIEDADES PERIFÉRICAS

David Oviedo Silva

Universidad de Concepción, Chile. E-mail: davidoviedo@udec.cl

Recibido: 7 Noviembre 2005 / Revisado: 30 Noviembre 2005 / Aceptado: 6 Diciembre 2005 / Publicación Online: 15 Febrero 2006

Resumen: El Grupo de Estudios Subalternos surge en un contexto de precariedad conceptual en la Historiografía, a consecuencia de la crisis teórica del marxismo en la segunda mitad siglo XX. Las nociones de subalternidad y hegemonía desafían determinismos materialistas, en tanto los factores político-culturales complejizan la reflexión sobre causalidades en Historia. ¿Es posible actualizar dichas categorías de análisis en el contexto informacional del capitalismo contemporáneo? La evolución reciente de las relaciones entre dominación y subalternidad, permite reflexionar acerca del sentido del proceso histórico en contextos tecnoeconómicos diversos. Asimismo, se plantean las consecuencias epistemológicas que para las ciencias sociales supone la conceptualización del subalterno en la era informacional.

Palabras Clave: causalidad, hegemonía, informacionalismo, Subalternidad, teoría de la historia.

INTRODUCCIÓN

En primer término, la presente reflexión planteará los principales alcances epistemológicos y sociohistóricos del paradigma de la subalternidad. A continuación, se evaluará la vigencia de sus afirmaciones sociológicas y de teoría de la historia en el contexto de las transformaciones del capitalismo contemporáneo. Los referentes teóricos para comprender dichas transformaciones serán los conceptos de informacionalismo (Manuel Castells) e Imperio (Hardt y Negri), entendiendo que en el primer caso se refleja la dimensión sociológica del fenómeno y en el segundo se teoriza acerca de su sentido

histórico. Por último, se dimensionará la relación entre subalternidad y poscapitalismo considerando sus consecuencias para la ciencia sociohistórica.

1. HISTORIOGRAFÍA DE LA SUBALTERNIDAD: BASES EPISTEMOLÓGICAS, DESAFÍOS METODOLÓGICOS Y RESULTADOS TEÓRICOS

Un dilema recurrente en la historiografía consiste en conciliar rigor científico con planteamientos críticos respecto a sus objetos de estudio, entendiendo que los polos de la discusión han oscilado desde el positivismo hasta el marxismo. El permanente afán del materialismo histórico por demostrar científicidad manifiesta esta tensión epistemológica.

La propuesta historiográfica de la subalternidad representa uno de los esfuerzos más destacados por armonizar fundamentación empírica y desarrollo crítico.

El enfoque de la subalternidad nace en Inglaterra, específicamente en las reuniones que jóvenes historiadores indios mantenían con Ranahit Guha en la Universidad de Sussex, durante la década de 1970. Se trataba de investigadores impulsados por la crítica postcolonial, motivados para cuestionar y desmitificar el carácter liberador del proceso liderado por el Partido del Congreso en la India, tras la independencia en 1947. Sin embargo, el desafío implicaba un historiografía dotada de las herramientas teóricas y metodológicas que permitieran desconstruir el paradigma de la historia nacionalista oficial.

El escenario epistemológico del momento no posibilitaba la aplicación consistente de un paradigma alternativo, más bien planteaba el reto de su creación. Entre otros replanteamientos, las interpretaciones economicistas del marxismo habían experimentado los ataques teórico-políticos de Gramsci, los cuestionamientos sociológicos de la Escuela de Frankfurt y las reorientaciones filosóficas de Althusser.

A nivel estrictamente historiográfico, la frustración de las pretensiones totalizantes de la Escuela de los Años supuso que la segunda mitad del siglo XX privilegiara una lógica de fragmentación de enfoques y objetos de estudio (Fontana, 1992).

¿Qué estrategia adoptó el grupo de Ranahit Guha para superar esta contradicción entre necesidad de instrumentos teóricos y un ambiente intelectual proclive a posturas postmodernas de narrativismo y fragmentación? Las acciones de investigación apuntaron a dos grandes lineamientos:

- Desplazar el foco de interés empírico, desde las élites políticas hasta la base socioeconómica de la India. Es el caso del énfasis en la historia de los movimientos de insurgencia campesina, a fin de evidenciar su origen estratégico e ideológico.
- Desarrollo teórico a partir de la categoría gramsciana del subalterno. Además, se recoge de Gramsci su alejamiento respecto a determinismos económicos, estableciendo a las variables político-culturales como preeminentes.

La estructuración del pensamiento historiográfico de Guha se refleja mejor en sus investigaciones históricas que en sus precisiones conceptuales. Se infiere que el desplazamiento del interés hacia la base social no implica omitir las percepciones de la élite hacia movimientos desestabilizadores (Guha, 2002: 95-112).

Guha evidencia los sesgos de la historiografía india en su interpretación de las rebeliones campesinas. Reduccionismo que, a juicio de Guha, se extiende a la historiografía marxista (Guha, 1999).

Por su parte, la historia nacionalista india había planteado un escenario de combate, donde los exclusivos protagonistas eran los administradores británicos y la élite nacionalista. En el caso de la escuela de Cambridge, la ideología nacionalista es el instrumento

articulador que las élites locales desarrollan al insertarse y ascender en la institucionalidad colonial (Prakash, 1994). En ambos casos, el resto del tejido social aparece subyugado a las rivalidades hegemónicas.

La masiva población subalterna de la India concitó la atención de Guha. Había que explicar por qué las reiteradas insurgencias campesinas de la India Contemporánea no lograron imponer su lógica de ruptura social. La lucha independentista representó un mero traspaso de poder entre élites, no cabe interpretarla como movimiento de liberación nacional.

Cuando la élite convocaba a la movilización social, lo hacía en términos verticales, a diferencia del fundamento horizontal que preferentemente caracterizaba a las movilizaciones subalternas.

Guha conceptualiza a los grupos subalternos en oposición a la conformación sociológica de la élite; grupos dominantes donde cabe distinguir entre extranjeros e indígenas. Los primeros incluyen a los funcionarios británicos de la organización colonial, burgueses, terratenientes y misioneros. En los segundos aparecen los exponentes protagónicos de la burguesía industrial y mercantil, así como los nativos incorporados a posiciones burocráticas privilegiadas (Guha, 2002: 41).

Por cierto que Guha admite la ambigüedad empírica que pueden revestir estas distinciones. En los hechos, existen posibilidades de alianza social entre los sectores más bajos de las élites y los más aventajados de la subalternidad que complejizan el panorama.

El concepto de subalterno identifica al resultado de los mecanismos de subordinación en términos de clase, casta, género, raza, lenguaje y cultura; se enfatiza la centralidad de las relaciones de dominación en el desarrollo histórico (Prakash, 1994). Pero lo concreto es que Guha define a las clases subalternas como “la diferencia entre la población total india y aquella que se ha descrito como élite” (Guha, 2002: 42).

Guha es influido por el pensamiento gramsciano, pues reconoce las posibilidades de cooperación social entre terratenientes pobres y campesinos ricos. Interviene el concepto de hegemonía, entendido como sistema de alianzas

diseñado por las clases dominantes para consolidar el poder y su aceptación social.

En su comprensión sobre el curso del proceso histórico, Gramsci presenta un profundo cuestionamiento a la secuencia explicativa infraestructura- superestructura. La dimensión ideológica-cultural de la Historia representa algo más que un epifenómeno.

Las clases dominantes ejercen su hegemonía a partir de la articulación de creencias funcionales. Se establece un bloque de dominación sustentado en la visión de mundo de un período histórico (Gramsci, 1971:27)¹.

Mantener la condición hegemónica implica estrategias político-culturales de legitimación: fomentando alianzas de clases, cooptando intelectuales orgánicos, consolidando concepciones del mundo que identifiquen lo verdadero con un sistema moral ad-hoc.

El concepto de sentido común que desarrolla Gramsci es decisivo para la comprensión de sus ideas. Todos, incluidos los grupos subalternos, podemos desarrollar planteamientos filosóficos acerca de la realidad, pues el sentido común supone la aceptación acrítica de concepciones de mundo. En el marco de una filosofía de la praxis, se define el fundamento principal para el funcionamiento estable de un bloque hegemónico. Es una faceta sumisa que constituye la conciencia verbal, explícita y superficial del hombre masa. Sin embargo, existen contenidos del sentido común que se resisten a la subordinación valórica. Forman parte de una conciencia implícita para la transformación de la realidad (Gramsci, 1971: 26).

Aparece una contradicción entre esta insubordinación natural y las concepciones hegemónicas de verdad y legitimidad que han sometido al sentido común. No obstante, la sumisión puede transformarse en resistencia, en tanto la actividad político-intelectual racionalice las inclinaciones de no cooperación que se presentan en la vida cotidiana.

Gramsci complementa dos planos de análisis y estrategias de acción: el sujeto subalterno internaliza las principales creencias de un bloque hegemónico (económicas, políticas, científicas, etc.). Por otra parte, el proceso posibilita un liderazgo intelectual de vanguardia que transforme las convenciones aceptadas de lo

correcto y lo verdadero. Política y filosofía constituyen dimensiones inseparables de una estrategia antisistémica factible (Gramsci, 1971: 99).

Luego, no es posible sostener la hegemonía de la dimensión material del acontecer histórico. Tampoco es posible imponer un sistema valórico alternativo sin considerar las convicciones precedentes arraigadas en el sentido común. Gramsci evoca cómo el propio Marx esperaba que las nuevas concepciones tuviesen la solidez de las creencias populares (Gramsci, 1971: 57).

La práctica contrahegemónica no conduce a la dictadura del proletariado, sino que a una estrategia insurgente de alianza de clases, empleando los mismos procedimientos de internalización valórica que utiliza el poder hegemónico, pero modificando el contenido de las creencias a legitimar. El planteamiento involucra aceptar el carácter esencialmente político del conocimiento científico, renunciando a pretensiones ingenuas de objetividad (Gramsci, 1974: 360)².

Desde el grupo de estudios subalternos, se sostiene que la politización eurocentrista del conocimiento histórico no se limita a la historiografía colonialista, a la historiografía nacionalista, a la escuela de Cambridge o a la investigación marxista sobre los movimientos insurgentes. También aparece en la crítica a la metafísica occidental a partir de criterios metafísicos equivalentes.

El caso de la historiografía marxista es ilustrativo: el insurgente es explicado por determinaciones estrictamente económicas, asociadas a procesos de modernización. Desde esta perspectiva, el historiador cree conocer las verdaderas motivaciones y el sentido final de la acción insurgente, dentro de una estrategia global de lucha de clases por el control de los medios de producción. Si el rebelde no explicita estas motivaciones quiere decir que es presa de un fenómeno de falsa conciencia que le impide discernir la realidad (Guha, 1999).

El pensamiento historiográfico de la subalternidad desafía este tipo de concepciones finalistas de la historia. El investigador no está dotado de una inteligencia omnisciente que le permita anticipar el curso del proceso histórico y visualizar todo hecho disfuncional a la meta como anomalía, confusión o evento irrelevante.

Las teorías finalistas despliegan sus valoraciones de los hechos en términos binarios: civilización v/s barbarie (historiografía colonialista), nación liberadora y desarrollista v/s metrópoli usurpadora y opresiva (historiografía nacionalista), opresores v/s oprimidos (historiografía marxista).

Los historiadores de la subalternidad subrayan que el sesgo eurocentrista se extiende a la historiografía social crítica que ha desarrollado Occidente. Es el caso de la obra de Hobsbawm *Rebeldes primitivos*. La base documental de la investigación proviene fundamentalmente del ámbito europeo, lo que a juicio de la historiografía de la subalternidad supone un problema metodológico porque se desarrollan generalizaciones a partir de una experiencia tempo-espacial acotada (Guha, 2002:100).

Las discrepancias se amplían al terreno del contenido conceptual de la insurgencia.

Para Ranahit Guha, uno de los elementos más controversiales de la obra de Hobsbawm consiste en la imagen del rebelde campesino prepolítico.

“El bandido es un fenómeno prepolítico y su fuerza es inversamente proporcional a la del revolucionarismo organizado y a la del socialismo o comunismo” (Hobsbawm. Cfr. Guha, 2002: 100).

Se trataría de movimientos inorgánicos, carentes de metas ideológicas y de organización programática.

En la perspectiva de la subalternidad, es efectivo que las revueltas campesinas no son necesariamente impulsadas por las ideologías revolucionarias clásicas. Sin embargo, ello no significa que se trate de movimientos carentes de orientación ideológica o de sistemas de organización. Lo cierto es que sus objetivos no son traducibles a los códigos ideológicos que reconoce la modernidad occidental.

En las rebeliones estudiadas por Guha, cabe detectar una etapa previa de deliberaciones antes de tomar la decisión insurreccional. Se evalúan los costos y posibilidades de las estrategias políticas; suele suceder que la decisión del levantamiento ocurra después de negociaciones frustradas con las autoridades locales.

Por lo tanto, las fases de la acción son esencialmente políticas y no equivalen a simples estallidos de brutalidad. Terratenientes, prestamistas y funcionarios ejercen tal nivel de coerción sobre el campesino que es imposible no concebir dicha relación como política (Guha, 2002: 103).

El ámbito político del desarrollo histórico reviste crucial importancia. Demostrando la influencia de Gramsci, las investigaciones de Guha revelan cómo la política excede su expresión formal como discrepancias elitistas. Sin embargo, el tratamiento de lo político en los espacios de subalternidad no implica reducir la atención empírica a la voz del oprimido. Es preciso complementar el análisis en términos de los posicionamientos y las relaciones entre hegemonía y subalternidad; precisando las estrategias de asimilación hegemónica, de negociación entre clases o de mayor autonomía en los sectores sometidos (Gramsci, 1974: 491-492).

En las creencias de los rebeldes pueden coexistir elementos de tradición y transformación. El principio teórico involucrado es también gramsciano: “[...] El pueblo no puede tener por definición concepciones elaboradas, sistemáticas y políticamente organizadas y centralizadas en su contradictorio desarrollo; [...] se deben distinguir diversos estratos: los fosilizados, reflejos de condiciones de vidas pasadas y, por consiguiente, conservadores y reaccionarios, y los que constituyen una serie de innovaciones, a menudo creadoras y progresivas” (Gramsci, 1980: 29).

Como las categorizaciones gramscianas de análisis social no corresponden a rígidas distinciones de clase, sino que a dinámicas político-culturales de dominación, resulta lógica la conexión de sus planteamientos con investigaciones historiográficas de la subalternidad: los espacios de resistencia pueden contener resabios de sumisión. Es el caso de ciertas revueltas campesinas de la India donde el factor de inspiración religiosa es decisivo para activar el movimiento.

¿Significa esto que la rebelión es prepolítica y que adolece de organización revolucionaria?

La estrategia insurreccional no puede prescindir de las convicciones previamente arraigadas en el sentido común del subalterno. De lo contrario, el mensaje resulta incomunicable. Sin embargo, es

posible que las tendencias reaccionarias predominen sobre las revolucionarias y terminen por abortar la fuerza rupturista del proceso. Pero esto no significa que la sola presencia de motivaciones religiosas justifique subestimar el potencial subversivo de la rebelión.

En lo concerniente a sus implicancias metodológicas, la historiografía de la subalternidad pretendía constituir al subalterno como sujeto histórico, lo que supone prestar atención preferente a su testimonio. Por sobre la significación que el historiador asigne al movimiento, lo fundamental radica en la propia interpretación del rebelde. Los problemas de analfabetismo en la India Colonial se agudizan en contextos rurales. La salida empírica consiste en apreciar las alusiones que los documentos oficiales o diarios de funcionarios reportaban acerca de las revueltas y sus motivaciones. Del análisis de contenido de los textos pueden desprenderse los sesgos ideológicos y los mecanismos socio-institucionales para la construcción de estereotipos. Se observa cómo Occidente es asociado a estabilidad y la India a desconcierto y desarraigo (Guha, 1997).

El enfoque metodológico empleado se aproxima a la postmodernidad y al análisis del discurso. Así es como emergen las principales paradojas epistémico-metodológicas del paradigma de la subalternidad: se enfatiza la necesidad de constituir al sujeto histórico silenciado, de evidenciar las distorsiones inherentes a la historiografía colonialista, nacionalista o marxista. Oculta tras estas tergiversaciones, existiría una historia genuina a recuperar, respetando la autonomía y especificidad simbólica de los movimientos de resistencia (Guha, 2002: 95-112).

El problema emerge con las exigencias de rigor documental inherentes a la historiografía. Los objetivos teóricos enunciados se cumplirían desde posturas metodológicas afines al narrativismo. Esto remite a la admisión de múltiples voces en la Historia, pues lo prioritario es definir los movimientos de insurrección de acuerdo a las significaciones de quienes los producen. La inconmensurabilidad de voces puede dar lugar a inconmensurabilidad de sujetos y realidades: consecuencia epistemológica contraria a las pretensiones científicas de los historiadores de la subalternidad (Prakash, 1994).

Guha no renuncia a presentar la estratificación social como división de clases, pero complejiza las distinciones, enfatizando los intereses a los que sirve un determinado grupo.

Si bien existe una posición objetiva en la estructura social, lo cierto es que los fines del comportamiento colectivo requieren ser situados en la historia y en el espacio, más allá de definiciones estáticas. La objetividad del proceso histórico radica en su dimensión dinámica: subordinación político-cultural de los subalternos a la modernidad, entendida como extensión fáctica e ideológica de la civilización occidental. Por eso se hace necesario provincializar Europa, subvertir su condición de metrópoli intelectual y aceptar el valor epistemológico de múltiples protagonistas de la historia a partir de metodologías postmodernas, no obstante el origen occidental de estos enfoques (Chakravarty, 2000).

Podría señalarse que los historiadores indios a los que aludimos estaban en condiciones de discernir el testimonio de los opresores respecto a la voz de los oprimidos, por lo que el tratamiento de la información considera su procedencia ideológica.

Sin embargo, ello supone aplicar un criterio objetivo de demarcación para especificar cuándo terminan las clases subalternas y comienzan las hegemónicas. Es un reto de precisión conceptual aún no resuelto; la reflexión teórica es subordinada al hacer historiográfico. Las investigaciones logran identificar al opresor y al subalterno, sin embargo, se dificulta su conceptualización más allá de los límites temporo-espaciales de los objetos de estudio.

La historiografía tratada complejiza el estudio del sometimiento: la composición de los grupos subalternos no corresponde por necesidad a la misma clase social. Se matiza la tensión histórica entre opresores y oprimidos³. Sin embargo, se entiende el proceso histórico como impulsado por una dinámica subalterna que gatilla reacciones de control en las clases hegemónicas.

En todo caso, es cuestionada la teleología del progreso. La necesidad de escuchar a los movimientos sociales desde su propia lógica apunta a desconfiar de causalidades exógenas deterministas. Si no es posible sostener los principios de causalidad histórica, entonces tampoco es sostenible la creencia en un

resultado histórico explicado por desarrollos precedentes: la filosofía del progreso carece de fundamento empírico.

A pesar de la dificultad de su verificación, es interesante que la concepción filosófico-histórica de la subalternidad se distancie de la transcendencia y se sitúe en la inmanencia. No se reconocen planteamientos acerca del desenlace del proceso histórico. En cambio, sí se deducen posturas respecto a su contenido: los principales énfasis, omisiones o tergiversaciones de las historiografías dominantes en la India pueden interpretarse en relación al fenómeno subalterno (Guha, 1999).

2. SUBALTERNIDAD Y TRANSFORMACIONES TECNO-CAPITALISTAS: APLICACIONES EN EL CONTEXTO INFORMACIONAL

¿Cómo relacionar este aporte profesional en las ciencias históricas con las exigencias de comprensión que plantea la sociedad informacional? ¿Cómo tratar las diferencias de contexto tecnoproductivo involucradas? Considerando que es un enfoque surgido en la observación de la periferia capitalista (en sus fases de colonialismo y desarrollismo), ¿qué validez presenta para las sociedades que lideran las transformaciones informacionalistas del mundo contemporáneo?

Los historiadores de la subalternidad plantearon desafíos epistemológicos que atañen a la teoría de las ciencias socio-históricas y que podrían ser aplicables en diversos procesos y períodos. En el caso de la sociedad informacional, resulta clave detenerse en las orientaciones teóricas de Manuel Castells.

El concepto de informacionalismo desarrollado por Castells supera la tradicional dicotomía que las ciencias sociales han sostenido entre base tecnoeconómica y cultura. El dilema es insostenible entendiendo que la tecnología constituye también una manifestación de la sociedad. En concreto, la capacidad tecnológica de una sociedad constituye la materialización de sus energías innovadoras (Castells, 1996: 21-37).

La compenetración entre tecnología y cultura adquiere especial vigencia en el marco del informacionalismo: modo de desarrollo donde la riqueza consiste en la capacidad de volcar a la información sobre sí misma en las

operaciones productivas, complejizándose la generación de valor a través de la combinación de símbolos. A mayor complejidad informacional de la actividad productiva, mejor valoración capitalista en el sistema de prestaciones. El escenario que se impone es el de capitalismo informacional. Las presiones productivas apuntan al perfeccionamiento continuo de la producción bajo crecientes exigencias de competitividad.

A nivel sociológico, el ámbito del rol remite a función y el de la identidad a sentido. ¿Qué lugar desempeña el la definición del yo en el marco del capitalismo informacional?

Su importancia es amenazada bajo la presión de la lógica del rol: las dimensiones funcionales de actividad que invaden de forma sistemática y persistente el mundo de la vida de los sujetos (Habermas, 1987).

La identidad apunta a los atributos de significado que se establecen para la acción. Mediante las construcciones de sentido, se internalizan los objetivos prioritarios del accionar social. La tesis de Castells señala que, en el contexto informacional, las principales asignaciones de significado apuntan a contenidos primarios y excluyentes de identidad.

Inmerso en el informacionalismo, el individuo experimenta que en el ámbito tecno-productivo es reducido a función, no existen áreas de la vida instrumental donde sea escuchado más allá del rol que desempeña. Las identidades primarias de resistencia permiten instancias de sociabilidad donde el ser prevalece sobre el hacer (Castells, 1997: 27-88). Esto explica cómo la era de la revolución científico-técnica y de los prodigios espaciales y genéticos coincide con el auge de los integristas religiosos.

En la visión del informacionalismo, la resistencia no puede dejar de ser considerada como tal porque sean pre-modernos los motivos que la inspiren.

De modo equivalente, los historiadores de la subalternidad no desconocían el potencial contra-hegemónico de una insurrección religioso-campesina.

Existe afinidad empírica en la consideración de los motivos de los movimientos sociales. No cabe comprenderlos exclusivamente en términos de respuesta conflictiva a sistemas de

estratificación social, tales como distinciones de clase (Miliband, 1998: 418-444) o frías estrategias de costo-beneficio por parte de los sujetos implicados (Olson, 1992). Lo relevante radica en las motivaciones que los movimientos declaran y en el contenido de la cosmovisión que promuevan; entonces es posible discernir el carácter legitimador o resistente del movimiento.

¿Cómo explicar que las descripciones de Castells sobre movimientos sociales revistan afinidad con los planteamientos historiográficos de la subalternidad?

¿Cabe especular que existen regularidades históricas aplicables a ciertos contextos epocales? Parte de la conexión podría explicarse por los marcos histórico-económicos que contextualizan los movimientos de resistencia.

En el caso de los trabajos de la subalternidad, las reacciones de rebelión suelen explicarse por las prácticas invasivas de modernización capitalista, ya sea en su fase comercial-colonial como en la etapa industrialista nacional. A la vista de sus consecuencias sociológicas, la era informacional aparece como una etapa de radicalización del desarrollo capitalista, antes que como una transformación esencial de su lógica. Se presentan respuestas antisistémicas semejantes en motivaciones y sentido, a pesar de las evidentes diferencias de contexto.

El propio Castells incluye a los movimientos de resistencia en un marco general de comprensión como reacción defensiva de identidades primarias frente al informacionalismo, fenómeno que trasciende su específica expresión sociológica: indigenismo socialista en los zapatistas, autodestrucción apocalíptica en Japón, nacionalismo con bases religiosas en las milicias patrióticas estadounidenses (Castells, 1997: 91-132).

La diversidad de motivaciones y contextos no oculta la transversalidad del fenómeno sociológico: desconexión entre función y sentido en la era informacional. Por lo tanto, las motivaciones identitarias confluyen con los proyectos de transformación sistémica. Del mismo modo, las rebeliones indias investigadas por los estudios subalternos demostraban la importancia de factores religiosos o territoriales como señas de distinción.

Muchos casos analizados por Castells se desenvuelven en marcos tecnoeconómicos de vanguardia informacional, cualitativamente disímiles a los tratados por los historiadores indios. Sin embargo, ambos contextos identifican sistemas económico-sociales en transformación, pudiendo observarse las insurrecciones como luchas por la preservación de certezas comunitarias en contextos anómicos (Ritzer, 1995: 205-241). En el caso indio, el sistema capitalista es transformado desde el modelo colonialista británico hasta el sistema de planificación desarrollista post-independencia.

Ambas producciones de conocimiento –subalternidad e informacionalismo– establecen nexos de comprensión entre economía y cultura sin caer en simplismos eclécticos. Lo cierto es que la secuencia causal economía-cultura reviste serias dificultades teóricas (Gramsci, 1974: 276-281).

Cabe señalar las siguientes objeciones gramscianas:

El fundamento material de la historia no modifica su contenido de manera precisa en las fases de transición. Para el caso de nuestra reflexión, los movimientos resistentes a la introducción del capitalismo en la India rural se entienden por la mantención de estructuras pre-capitalistas incompatibles. Los sistemas culturales de producción tradicional aún pueden tener vigencia en contextos de transformación económica. La secuencia causal economía-cultura es difícilmente aceptable si dentro de la variable económica coexisten distintas dimensiones.

Además, muchos comportamientos político-sociales pueden obedecer a factores sociológicos de búsqueda de poder, lo que incluye la posibilidad de errores. Es decir, son decisiones que no responderían las exigencias de las fuerzas productivas.

Por otro lado, y en aproximación a ciertos elementos hoy validados de teoría de sistemas (Luhmann, 1991), Gramsci reconoce la especificidad en los códigos de funcionamiento del ámbito político; son criterios autónomos que obedecen a definiciones ideológicas no reducibles a determinaciones económicas.

En el marco de la sociedad informacional contemporánea, el concepto de modo de desarrollo es clave para comprender los

términos de la interacción entre tecnología y cultura (Castells, 1996: 21-37). El modo de desarrollo es el procesamiento técnico de la riqueza. En el caso del informacionalismo, incorpora variables inmateriales: base tecnológica y generación de conocimiento resultan difícilmente dissociables. Esto constituye un aspecto diferenciador entre el capitalismo comercial-industrial (marco tecnoeconómico de las tesis de Gramsci y de las visiones de la subalternidad) y el modelo analizado por Castells, pues la distinción entre producción y cultura tiene mayor sentido en el contexto pre-informacional.

3. SUBALTERNIDAD Y SENTIDO HISTÓRICO: RELACIONES ENTRE REBELIÓN E IMPERIO POSCAPITALISTA

La visión de Imperio propuesta por Hardt y Negri complementa el énfasis sociológico de Castells, con una propuesta teórica acerca de la historicidad de las transformaciones poscapitalistas. Los postulados de Hardt y Negri radicalizan la integración de las variables económicas y culturales para explicar el acontecer histórico.

Cabe distinguir sus reflexiones en tanto se refieren a la sociedad de control o a las respuestas de rebelión que produce.

A diferencia de gran parte de la teorización postmoderna, Hardt y Negri no definen este momento histórico como de claudicación de las posibilidades utópicas. No obstante, profundizan con rigor en el diagnóstico de la situación, a semejanza del espíritu historiográfico que animó al grupo de estudios subalternos.

El Imperio intensifica el dominio biopolítico que establece la modernidad, dado el carácter desterritorializado y disperso de su esencia. La modernidad supuso el perfeccionamiento del poder sobre los cuerpos, a través de sistemas más precisos de dominación. La postmodernidad del imperio implica la expansión y profundización de los aparatos de poder al ámbito de los cerebros (Hardt; Negri, 2002: 21-53).

La vanguardia del sistema capitalista se desmaterializa, los factores cognitivos y de complejidad del pensamiento resultan claves en la productividad contemporánea (Hardt; Negri, 2002: 261-280).

Por lo tanto, es más probable que la lógica instrumental -ámbito de lo productivo y eficiente- incorpore desarrollos afectivos o de realización intelectual que en el industrialismo carecían de importancia para la producción. La identificación con el sistema de generación de riqueza resulta más natural y tiene un fundamento sociológico vital, más allá del afán de lucro o el materialismo salvaje. Es posible experimentarse participe de la vida laboral pues lo productivo no excluye las dimensiones personales de la existencia.

De este modo, Hardt y Negri ofrecen una explicación para el sometimiento al Imperio que apunta a las causas de su poder seductor. El Imperio no siempre ejerce control social mediante mecanismos coactivos. En los casos de prosperidad económico-social, basta con seguir desarrollando una atractiva biopolítica de la producción que tiende a diluir las tradicionales diferenciaciones sociológicas entre función y sentido. El profesional exitoso se define en función de lo que hace; su trabajo propicia la creatividad y se aleja de la estandarización fordista.

Es un tipo de control social semejante a la concepción gramsciana de hegemonía, si bien se amplía el significado de la dimensión política involucrada. El poder no actúa sólo a través del posicionamiento estratégico de alianzas sociales de sumisión.

Gramsci supera la comprensión formal de la política, Negri radicaliza esta perspectiva al evidenciar cómo la lógica imperial de producción desintegra las fronteras entre economía y política (Hardt; Negri, 2002: 53).

En todo caso se mantiene el principio de la subalternidad que entiende la dominación política a partir del cambio y control de cosmovisiones que se actualizan en el sentido común. La aceptación cotidiana de un modelo de poder es tanto o más importante que su imposición. Los planteamientos de Negri confirman esta capacidad envolvente de los mecanismos de control, pero difieren en lo concerniente a sus medios de logro: considerando la estructura y gestión del capitalismo postmoderno, la propia actividad económica del imperio permite contener reacciones críticas.

¿Cómo se reflejan los principios de la subalternidad en los casos de rebelión frente al poder imperial?

Ello exige entender el funcionamiento que distingue al Imperio de otras hegemonías históricas.

Existe una diferencia cualitativa con el caso imperial británico que suele servir de contexto a las investigaciones de la subalternidad. A diferencia de los ejemplos coloniales, el Imperio de Negri funciona desterritorializado: aparece, se oculta y emerge con versatilidad e intensidad de dominio (Hardt; Negri, 2002: 225-241).

Es imposible identificar su centro o sus ramificaciones periféricas, dificultándose la planificación de estrategias subversivas. Para la generalidad del pensamiento de izquierda, esta es la razón que dificulta las alternativas contrahegemónicas: al carecer de diagnósticos precisos acerca del sistema opresivo, las fuerzas transformadoras se diluyen en esfuerzos dispersos, descoordinados y desorientados. Es una fortaleza del Imperio reinterpretada como debilidad por Hardt y Negri: el poder puede ser amenazado desde cualquier rincón planetario por las agitaciones de la multitud, toda localización imperial se define simultáneamente como centro y periferia.

La importancia de los movimientos subversivos en la India radica en su capacidad desestabilizadora del Imperio nacional más colosal de su época. La India representaba un enclave geopolítico y comercial estratégico, por ende, las condiciones de su administración constituían un barómetro del poderío mundial británico.

En la actualidad, el Imperio es desafiado tanto en las manifestaciones que repudian al G-8 o al FMI como en la resistencia de los mapuches al poder forestal en el sur de Chile. Esto no niega diferencias de repercusión mediática, sino que pretende resaltar que en ambos casos lo cuestionado es la esencia bioproductiva del Imperio.

Hardt y Negri son capaces de armonizar rigor analítico con posibilidades de transformación, entendiendo que la era biopolítica imperial propicia la intensificación simultánea del control y de las reacciones frente a su dominio. El Imperio constituye una era económico-política que logra propiciar mejores opciones

subversivas que el período industrialista de poder estatal-nacional, del mismo modo en que el marxismo establece como preferible al orden burgués respecto al Antiguo Régimen (Hardt; Negri, 2002: 239-241).

El sentido del proceso histórico es inmanente a su propio desenvolvimiento, no está regido por condicionantes teleológicos. El planteamiento postmoderno de Hardt y Negri precisa el contenido de la inmanencia histórica: los momentos de rebelión conducen la Historia, ya que el desarrollo de los sistemas de control se explica como respuestas a las perturbaciones.

Hardt y Negri proponen que el carácter desmaterializado y flexible del capitalismo contemporáneo tiene sentido sociohistórico: la producción poscapitalista se apropia de los elementos afectivos y creativos característicos de la contracultura de los 60' en el mundo desarrollado. De modo semejante, el poscapitalismo se hace transnacional imitando al internacionalismo proletario observado entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX (Hardt; Negri, 2002: 62).

En un razonamiento equivalente, podemos deducir que la tesis de la subalternidad trasciende su contexto histórico. Al igual que en los ejemplos precedentes, la constitución del Estado nacional y desarrollista Indio se justifica como respuesta a movimientos perturbadores del nuevo orden. La intensificación de los eventos insurgentes estimula la expansión del poder estatal.

En la realidad contemporánea del informacionalismo, los movimientos de ruptura no requieren coordinación, pues cada uno reviste en sí mismo toda la potencialidad transformadora imaginable (Hardt; Negri, 2002: 55-74).

Con independencia de su específica motivación antiglobalizadora, la diversidad de movimientos subalternos encuentra un denominador común en la no cooperación: oponiéndose a las pretensiones tecnoglobales de disciplinamiento.

Se ha considerado al Imperio como marco teórico válido para la comprensión del informacionalismo. La tesis del Imperio no está exenta de críticas. Por ejemplo, la hipótesis del declive del Estado Nación no se sostendría considerando las demostraciones contemporáneas de imperialismo político-

militar. Se debiera precisar que quienes pierden poder son los estados periféricos a costa de las potencias centrales (Borón, 2002). En los planteamientos de Castells, observamos que el Estado Nación desempeña un rol posibilitador de competitividad, articulando requerimientos locales con oportunidades globales (Castells, 1997: 337-339).

Sin embargo, una lectura detenida de la propuesta de Hardt y Negri reafirma que la realidad de Imperio está en construcción. El declive en las competencias del Estado Nación es una tendencia compatible con otras posibilidades geopolíticas (Rush, 2003). Es el caso de la lucha intercapitalista o el superimperialismo, donde Estados Unidos pretende convertir a las potencias rivales en periferia.

No obstante el debate generado, el enfoque de Imperio se distingue por explicar los alcances estructurales del nuevo modo biopolítico de producción. Se propone un contenido económico-cultural para el nuevo sistema de generación de riqueza, independientemente de su expresión político-militar.

A pesar de la acentuación de la desigualdad planetaria, el replanteamiento de los conceptos de centro y periferia tienen sentido en los lugares donde se registra: áreas del Tercer Mundo en el Primero y viceversa.

Esto no implica la extensión generalizada del fenómeno, sólo indica la emergencia de un capitalismo en transformación. Es una premisa que orienta el sentido de la relación entre subalternidad e informacionalismo en la Historia actual.

En medio de realidades precarias, emergen nichos de capitalismo informacional sin haber experimentado las fases previas de modernización que sugiere la historia industrial de los países desarrollados (Rostow, 1961).

La nueva economía se instala en regiones periféricas, generándose sociedades duales (Bangalore, India). De modo equivalente, los efectos del subdesarrollo asedian a las regiones informacionales (inmigración a países desarrollados). La extrema movilidad espacial de las relaciones de dominación justifica la vinculación entre subalternidad e informacionalismo: la marginalidad está a las puertas de la riqueza. Asimismo, aumentan las opciones de rebelión en la periferia

considerando la intensificación del contraste entre miseria y acumulación. En suma, es el escenario propicio para el protagonismo subversivo de la multitud⁴.

En lo que se refiere al sentido del proceso histórico, las tesis de Hardt y Negri representan la síntesis de las posibilidades de combinación entre subalternidad e informacionalismo. Plantean el rol conductor e inmanente de la subversión como desafío para el poder y su capacidad de perfeccionamiento. Sin embargo, es una afirmación que contiene mayor fundamento especulativo y ontológico que propiamente historiográfico.

Existe apoyo histórico para las aseveraciones de Hardt y Negri, pero también lo habría para una afirmación contraria. Podría sostenerse que exigir la demostración de las tesis históricas implicaría un retorno a las restricciones epistemológicas del positivismo.

Sin embargo, una de las bases del poder informacional e imperial es el refinamiento de las modalidades científico-técnicas de dominio. La teorización postmoderna complejiza sus aparatos filosóficos mientras el control tecnocrático afianza su supremacía.

El resultado es que la reflexión crítica en ciencias sociohistóricas continúa sin impactar en la dominación imperante pues no se expresa en sus códigos de operación.

En el caso del pensamiento de la subalternidad, es necesario avanzar en la actualización de sus propuestas en el contexto material del informacionalismo:

Es insostenible una historiografía de la resistencia que omita su relación con el capital (Chakrabarty, 2000: 95), por lo que se requiere precisar los campos de acción histórica: delimitando el control capitalista respecto a las áreas donde se expresa la diferencia como resistencia. ¿Hasta dónde se distingue el poder tecnoglobal en el informacionalismo contemporáneo? ¿Cuándo empiezan los espacios de autonomía de las comunidades y sujetos?

Podríamos entonces ser coherentes con las metas epistemológicas originales de la historiografía de la subalternidad: conciliar criterios objetivos de crítica antisistémica con la apertura necesaria para comprender la diversidad de la rebelión.

BIBLIOGRAFÍA

- Borón, Atilio (2002), *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires, CLACSO.
- Castells, Manuel (1996), *La Era de la Información*. Vol.1: *La sociedad Red*. Madrid, Alianza Editorial.
- Id. (1997), *La Era de la Información*. Vol.2: *El Poder de la Identidad*. Madrid, Alianza Editorial.
- Chakrabarty, Dipesh (2000), *Provincializing Europe: Postcolonial Thought & Historical Difference*. Ewing. NJ, USA, Princeton University Press.
- Fontana, Joseph (1992), *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica.
- Gramsci, Antonio (1971), *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Id. (1974), *Antología*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- Id. (1980), *La política y el Estado moderno*. México, Premio Editora.
- Guha, Ranahit (1997), "Not at home in empire". *Critical Inquiry*, 23, 482-493.
- Id. (2002), "Algunos aspectos elementales de la Insurgencia Campesina en la India Colonial", en *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, Crítica, 95-112.
- Id. (2002), *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona, Crítica.
- Guha, Ranahit (1999), "La prosa de la contrainsurgencia", en Saurab Dube et al., *Pasados poscoloniales*. México D.F, El Colegio de México, 1999.
- Habermas, Jürgen (1987), *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid, Taurus, Vol. II.
- Hardt, Michael; Negri, Antonio (2002), *Imperio*. Barcelona, Editorial Paidós.
- Id. (2004), *Multitud*. Madrid, Debate.
- Luhmann, Niklas (1991), *Sistemas Sociales. Lineamientos para una Teoría General*. México, Alianza Editorial, Universidad Iberoamericana.
- Miliband, Ralph, "Análisis de clase" (1998), en Anthony Giddens et al., *La teoría social hoy*. Madrid, Alianza Editorial, 418-444.
- Olson, Marcus (1992), *La Lógica de la Acción Colectiva. Bienes Públicos y Teoría de Grupos*. Buenos Aires, Noriega Editores.
- Prakash, Gyan (1994), "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism". *American Historical Review*, 99, 1477-1483.
- Ritzer, George (1995), "Emile Durkheim", en *Teoría Sociológica clásica*. Madrid, MacGraw-Hill, 205-241.

- Rush, Alan (2003), "La teoría posmoderna del Imperio y sus críticos", en Atilio Borón (comp.), *Filosofía política contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía*. Buenos Aires, CLACSO.
- Rostow, Walter (1961), *Las Etapas del Crecimiento Económico*. México, Fondo de Cultura Económica.

NOTAS

¹ "La filosofía de una época histórica no es, por consiguiente, otra cosa que la 'historia' de dicha época" (Gramsci, 1971: 26).

² El carácter ideológico de la ciencia se observa en la producción de hipótesis para la explicación de los hechos. A diferencia de la ideología del sentido común, la ciencia es un modo de conocimiento sistemático y provisional, en tanto exige a la realidad ciertas condiciones de comprobación crítica. El sentido común, en cambio, "afirma la objetividad de lo real en cuanto la realidad". (Gramsci, 1974: 360).

³ Es el caso de la desconstrucción del mito liberador de Mahatma Gandhi, enfatizando su conservadurismo religioso y liderazgo premoderno (Amin, 1987. Cfr. Prakash, 1994)

⁴ El concepto de multitud ha sido criticado por su vaciedad sociológica y por desperfilar la categoría de clase. Los autores proponen una explicación histórico-normativa: la multitud representa la pulsión creativa inicial de la modernidad que habría sido instrumentalizada y burocratizada por el estado nacional capitalista. El capitalismo postmoderno permitiría tanto la revitalización de la multitud como su voluntad de rebelión frente a la miseria circundante (Hardt; Negri, 2002: 356-374). La producción postindustrial se define en la conectividad y en la cooperación. La contradicción principal surge entre generación colectiva de riqueza y apropiación privada de sus beneficios (Hardt; Negri, 2004).